

## ¡ MURIO TAN JOVEN !

[San Pedro, Casa de Acal, Agosto 28 de 1860.]

¿ Qué habrá que arranque el llanto de unos ojos  
Cansados de llorar en otros días ?  
¿ Qué terribles supremas agonías  
Mutilarán de nuevo el corazón ?  
¿ No fué bastante que hondas amarguras  
Sembraran mi existencia de tormentos ?  
La corona de tantos sufrimientos  
Otra vez en mi frente se enclavó.

¡ Ah ! ¿ qué pesar mas grande que en un día  
Ver morir á un hermano en esa lucha,  
Cuyo estruendo fatal solo se escucha  
Entre sangre, entre lágrimas y horror ?  
¿ Qué pesar mas profundo, cuando ruge  
La discordia civil emponzoñada,  
Do se muere sin gloria, ensangrentada  
La sien que breves lauros se ciñó ?

¿ Qué laurel es hermoso en sangre tinto ?  
¿ Qué victoria es feliz á tanto precio ?  
Rugiendo el temporal airado y récio,  
Naufraga la esperanza y la ilusión.  
Estaba en esa edad en que se sueña,  
En esa edad de la ilusión florida,  
En que es un vaso de cristal la vida  
Con galas del Abril, rayos de sol.

La frente altiva y pronta la mirada,  
Con sangre generosa ardiendo el pecho,  
Tal vez vino á encontrar el mundo estrecho  
A sus sueños de gloria y de ambición.

Muchas veces de niño en este pueblo  
Te ví alegre y feliz bajo la sombra  
Del paterno jardín, en cuya alfombra  
Libre jugabas con gentil candor.

Mi Benjamin, yo te miré en el templo  
Donde tierno doblabas la rodilla,  
Al exhalar como la flor sencilla  
Perfumes que la Vírgen recogió.  
Después fuiste mi hermano predilecto,  
Y mi Elodia te amó como á un hermano,  
Que eras noble, benéfico y humano,  
De generoso hidalgo corazón.

Concluye el mes de Agosto y ya florecen  
Los senderos musgosos, de aguas vivas  
Las corrientes fugaces ó cautivas,  
Entre el césped derraman su rumor.  
Las flores de estación bordan los campos,  
La brisa sopla, el ave se querella,  
Finge el rocío la distante estrella  
Y luce y quema como nunca el sol.

¡ Solo tú ya no existes ! ¡ ah ! ¡ cuán triste  
Es esta idea al alma desolada !  
¡ Cuán breve fué en el mundo tu jornada !  
¡ Qué pasajero rayo te alumbró !  
Los tuyos te han llorado inútilmente.  
Que ese llanto no empapa tus despojos.—  
¡ Cuando se llora así, vierten los ojos  
Pedazos ¡ ay ! del triste corazón !

Tú el primero entre todos mis hermanos  
Saludaste á la muerte, tú el primero,  
¡ Ay ! y creer la realidad no quiero,  
Mas fué sin duda voluntad de Dios ! . . . .

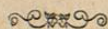


¡Qué lágrimas de hermanos! ¡qué sollozos  
Los de un padre el mas tierno! ¡cómo gime  
El alma de una madre! y ¡cuán sublime  
Nos consuela la santa religion!

Ya entre las fiestas de familia nunca  
Se mezclará tu gozo al de los míos;  
Mi padre en sus arranques mas sombríos  
Llama á su Benjamin como Jacob.  
En la mesa comun queda vacío  
Tu asiento para siempre; ni esperanza  
Que vuelvas en un día de bonanza  
Al albergue paterno.—¡Adios, adios!

Los que amaste, la flor de los recuerdos  
Deshojarán en tu sepulcro un día,  
Mis hermanas tambien, la madre mia,  
Que objetos fueron de tu ardiente amor.  
No me es posible contemplar sereno,  
Con la mirada fria, el ojo enjuto,  
Ese espantoso, universal tributo  
Que á nuestro frágil polvo se exigió.

Mas es preciso separar los ojos  
Del sepulcro que espanta á los mortales,  
Y esperar los destinos inmortales  
Que nos promete el Cristo Salvador.  
Restañar nuestro lloro ante el mandato  
Que á la nada nos vuelve, y en el duelo  
Levantar nuestros ojos hasta el cielo,  
¡Que allí se halla la paz, allí está Dios!



## VII.

## LA VIRGEN DE LA SOLEDAD.

[San Pedro, Casa de Acal, Setiembre 23 de 1860.]

## I.

¡Afligida y tan llorosa  
Virgen de la Soledad!  
Dicen que es tallada en piedra  
Y en remota antigüedad.  
Yo la conocí en su templo,  
¡Es tan bello recordar!  
Era una Capilla humilde  
Que alzó la santa piedad,  
Junto á la arrogante Iglesia  
Entónces ruinoso ya,  
Consagrada á aquella Virgen  
Con devocion singular.

## II.

Había en el cementerio  
Dos naranjos muy antiguos  
Que decoraban el átrio  
A la gran puerta contiguos.  
En sus anudados troncos  
Pajizo musgo crecía,  
Escasos de flor, y en sombra  
Mas escasos todavía.  
Las torcacas silvestres  
En sus copas anidaban  
Y en las solitarias siestas  
Con languidez arrullaban.



Con mi abuela muchas veces  
 Fuí yo á la santa Capilla,  
 A rezar ante la Virgen  
 Tan hermosa y sin mancilla.  
 Y por las rendijas várias  
 Me asomé de aquella puerta  
 Del templo, y ví con tristura  
 La inmensa nave desierta.  
 Desquiciándose los arcos  
 Y enmohecidos los altares,  
 Era el templo misterioso  
 Imágen de los pesares.  
 Soplabá húmedo el ambiente,  
 Las lagartijas corrian,  
 Y la yerba y los arbustos  
 Entre las abras crecian.  
 En el caracol ruinoso  
 Las golondrinas cantaban,  
 Y al peso de media noche  
 Las lechuzas chirreaban.  
 Eran mansion del silencio  
 Esas sagradas ruinas,  
 Con un sudario de sombras  
 Y su corona de espinas.  
 Su parda y rústica torre  
 De muy léjos del poblado  
 Se veía erguir soberbia  
 Entre el espeso arbolado.  
 Teñíala el sol poniente  
 Con melancólica lumbre,  
 Y doblaban sus campanas  
 Con écos de pesadumbre.  
 De noche, en tiempos de lluvia  
 En que ladraban los perros  
 Y mirábanse á distancia  
 Las fogatas de los cerros;

Al toque de ánimas, siempre  
 Esas campanas gemian;  
 Lúgubres cual los clamores  
 De un moribundo se oían.  
 Parece con sus tañidos  
 A los muertos evocaban,  
 Pues temblaban las doncellas  
 Y los niños despertaban.

## III.

En las fiestas titulares,  
 La santa imágen de piedra  
 Era conducida en ándas  
 Por las calles de la aldea.  
 Los indígenas tan duchos  
 Para esa clase de fiestas,  
 En braceritos de barro  
 Quemaban raras esencias;  
 Llevando dos ramilletes  
 Pero de una altura inmensa,  
 Hechos con preciadas flores,  
 Frente á la Virgen excelsa.  
 Mas encabezaban siempre  
 Antes, y en gran concurrencia,  
 Yo no sé qué cofradías  
 Las procesiones aquellas,  
 Con sus bordados pendones  
 Y músicas placenteras.  
 Todo el tránsito regaban  
 De rosas lindas y frescas,  
 Y tronaban luminosos  
 Los cohetes en la esfera;  
 Las gentes se arrodillaban  
 Al pasar la Virgen bella.—



¡Qué devoción la del pueblo!  
 ¡Qué de lágrimas sincéras!  
 ¡Qué de madres á sus hijos  
 Con voz conmovida y tierna,  
 Enseñándoles el nombre  
 Divino y santo de aquella  
 Imágen de los Dolores,  
 Y amorosa madre nuestra!

## IV.

Pasaron años, mas años;  
 Los hombres en poco tiempo  
 Con la barreta y la hazada  
 Destruyeron aquel templo.  
 Ni las ruinas quedaron,  
 Ni el campanario altanero,  
 Hoy apénas y ¡quién sabe!  
 Se encontrarán los cimientos.  
 A otra Iglesia aquella Imágen  
 Transportaron con respeto,  
 Lo mismo que las campanas  
 Y otros sagrados objetos.  
 Parece aún que la Iglesia  
 Arruinada la estoy viendo  
 Con su torre y frontispicio,  
 ¡Tan presente así la tengo!  
 De niño guardé una piedra  
 Labrada, resto del templo,  
 Y hoy despues de tantos años  
 Todavía la conservo.



## AMOR Y PLEGARIA.

[Mi hogar, Enero 13 de 1861.]

¡Estremécete. Elodia, de alegría!  
 ¡Qué nueva bendición sobre mi casa  
 Cual señalado beneficio el cielo  
 Propicio ahora y generoso manda?  
 Es una niña rúbia como el astro  
 Que enciende el cielo, alumbrá la mañana,  
 Rosa del tallo de mi amor primero,  
 Como un copo gentil de nieve blanca.  
 La Providencia del Señor me asiste,  
 No merezco, Señor, ventura tanta.—  
 Paloma de mi amor, hija querida,  
 ¿Eres tú de los ángeles hermana?  
 Tan bella así, cuando veniste al mundo  
 Viendo que eras muger, dolióme el alma;  
 Me enternecí á tal grado, que tu rostro  
 Regaron, niña, mis calientes lágrimas.—  
 ¡Señor, bajo tu égida estoy seguro,  
 Cerca de tí se aleja la desgracia;  
 En los revueltos mares de la vida  
 Protégenos, Señor, de la borrasca,  
 Mira que es débil el esfuerzo mio,  
 Récias las olas, mísera mi barca!  
 ¡Tú que los nidos de las tiernas aves  
 Haces queden ilesos en las ramas  
 Cuando el ronco huracán pasa rugiendo  
 Y los añosos árboles arranca!  
 ¡Protégenos, Señor, como proteges  
 En hondo valle las silvestres cañas,  
 Si asolador torrente se desborda  
 Y cuanto encuentra furibundo arrastra!



## IX.

## CORONA DE MARTIRIO.

[Casa de Cevallos, Febrero 11 de 1862.]

¿No es un sarcasmo profundo?  
Mi hijo que se está muriendo  
Y yo entre tanto escribiendo;  
¿Qué cosas las de este mundo!

Se extingue como una llama  
El hijo del alma mia  
En letárgica agonía,  
¿No es este un terrible drama?

Mi Elodia en hondo desvelo  
Junto á él llora su suerte;  
Cerca del niño la muerte,  
Tras de su sepulcro el cielo.

¡Señor! de salvarlo cuida,  
Hiéreme á mí sin clemencia,  
Mas no cortes su existencia  
Que es alma de nuestra vida.

Me arrastran, cierro mis ojos—  
¿Qué de aplausos!—¿Cuánta gente!  
¿Flores, luz!—¿Ciñe mi frente  
Una corona de abrojos!

Mártir con mísera palma  
Salgo de allí,—¿qué victoria!  
¿Cada página de gloria  
Cuesta un pedazo del alma!

## X.

## ¡CONSUMATUM EST!

[Casa del Cármen, Agosto 14 de 1862.]

## I.

Salvaste ¡oh madre! con heróico esfuerzo  
Al hijo de tus míseras entrañas  
De horrible enfermedad, tras negros días  
De desvelo, de lágrimas, de angustias,  
De las mas espantosas agonías.  
Salvaste á tu hijo, pero en cambio ahora  
Un incurable mal en tí se ceba,  
Y es inútil la ciencia, inútil todo,  
Es quizás para mí la última prueba.  
Detente, escucha la plegaria mia,  
No me dejes, Elodia, no me dejes,  
Oye, ¿qué haré sin tí? Cual hosca fiera  
Vagaré entre las selvas y los montes  
Anhelando morir.—No, no te alejes,  
Mira, mi bien, á tus pequeños hijos,  
¿Qué harán sin madre en el perverso mundo?  
¡Piedad, Elodia, escúchalos, se quejan,  
La enfermedad los hiere despiadada  
Y á escuálidos espectros se asemejan.  
No huérfanos te lloren, vida mia,  
Al despuntar apénas su alborada.  
En hora infausta míseros nacieron,  
El viento del dolor meció su cuna  
Que tú al alimentarlos, ¡triste madre!  
En vez de leche lágrimas bebieron.  
¡Ay! y cuán triste su niñez ha sido,  
Culpas ajenas inocentes pagan.—  
¿Por qué no el rayo del Señor me extingue?  
Yo á sus ojos no mas he delinquido.—



## II.

Cadavérico el rostro, enflaquecida  
 Hasta el exceso, yaces estenuada,  
 En lecho de dolor, luz de mi vida,  
 Como rosa en su tallo marchitada.  
 "Aurelio, Aurelio," clamas en la negra  
 Vigilia de esta noche; "Aurelio, Aurelio,"  
 Y se hunde en la almohada  
 Tu pálida cabeza!—  
 Por tu amarilla frente  
 Corre el sudor que marca la agonía  
 Y agitacion mortal tu ánima siente.  
 Tus abrasados pulsos aceleran  
 Esa febril palpitation creciente  
 Que en histérica toz rompe tu pecho  
 Causándote un dolor hondo y terrible  
 Al revolverte en tu penoso lecho.  
 Tu voz se torna hueca é insegura;  
 Algo ya de otro mundo hay en tus ojos;  
 Vás á salir del valle de las penas,  
 Son, Elodia, los últimos abrojos  
 Que punzarán tu corazon.—Aguarda,  
 Mártir divina que el amor corona,  
 El llanto ve que abrasa mi mejilla,  
 Sublime madre, esposa sin mancilla,  
 Por la cruz del Señor que vá á juzgarte,  
 A un mísero perdona,  
 Que desgraciado fué mas que culpable!  
 Dios con sacarte de la tierra impía  
 Tus infortunios santos galardona:  
 ¿Siempre te vás? ¡Adios, esposa mia,  
 Mi solo amor, mi espíritu inefable!

## III.

Toma convulsa tu insegura mano  
 El santo crucifijo, y poco á poco  
 Vá aumentándose sordo ese murmullo  
 Que se alza allá en tu pecho; en vano, en vano  
 Te llamo con amor, y casi loco  
 Rasga el tormento las entrañas mias.  
 Tú estás agonizante y siempre fijos  
 En la Imágen de Dios tus ojos tienes.  
 ¡Ya no te acuerdas de tus pobres hijos!  
 ¡Ya no me reconoces!  
 Seca en el paladar calla tu lengua,  
 Se pegan los cabellos á tus sienas.—  
 Al pié del lecho mísero y mortuorio  
 De rodillas estoy, tal vez rezando.  
 Ni un deudo, ni un amigo allí restañan  
 Las lágrimas de hiel que amargas vierto;  
 Solo allí con la santa moribunda  
 Dos piadosas mugeres me acompañan.  
 De súbito el carmin su rostro enciende,  
 Brillan sus ojos como nunca hermosos,  
 Flotan desordenados sus cabellos  
 Y una aureola de luz ciñe su frente.  
 Por su espresion y frases que murmura  
 Parece en ese instante,  
 Que habla con los espíritus gloriosos.—  
 ¡Resuena una celeste melodía,  
 Irrádía como un astro su hermosura,  
 Y el ángel de su guarda en manso vuelo  
 Arrebata su alma y la conduce  
 En triunfo á los alcázares del cielo!



XI.

ESTA MUERTA.

[Campo Santo de Belen, Agosto 15 de 1862.]

¡Cumplióse, al fin, tu voluntad, Dios mio!  
 Su hermosa frente como el mármol yerta  
 La orló de sombra el ángel del sepulcro;  
     ¡Está muerta, está muerta!  
 ¡No tiene nombre mi dolor sombrío!  
 Gimiendo en balde aparto sus cabellos  
 Y la llamo, y la llamo inútilmente;  
 Para siempre cerráronse sus ojos  
 Soles hermosos de mis días bellos.  
 ¡Borrada imágen, míseros despojos!  
 ¡Ay! "acabó," dijéronme al oído,  
 Y de raíz el corazón entónces  
 Se me arrancó sangrándome deshecho,  
 Y el que lancé tristísimo alarido  
 Como una escarpia desgarró mi pecho.  
 Toqué sus manos rígidas y heladas  
 Y estancóse de súbito mi lloro  
 Al ver todas mis dichas terminadas.  
 En su ataúd tendiéronla, vestida  
 De negro, envuelta en vaporoso velo,  
 Que salpiqué con las nupciales flores  
 Que ántes ornaran su abundoso pelo.  
 A la luz que los cirios despedían  
 Sus hijos se acercaron silenciosos,  
 Que no saben aún lo que perdían,  
 Un corazón de madre el más sensible,  
 Centro de los amores generosos,  
 De todo afecto santo y apacible.  
 ¡Cándida luna de mi negra noche,  
 Cuánto sufrir te hicieron en el mundo!

¡Qué tejido de angustias fué tu vida!  
 Erial de espinas, páramo infecundo.  
 Ni una queja en tus labios, ni un reproche  
 Contra tus enemigos—¡alma bella!  
 Volviste bien por mal y á nadie hiciste  
 Daño jamas. Las fiestas de la vida  
 No fueron para tí, ¡destino triste!  
 De lágrimas no mas. Ángel celeste  
 Que contemplen su obra tus verdugos,  
 Tú ya no existes y estarán contentos;  
 Yo vivo, Elodia, pero muerta el alma.  
 ¡Quién sabe de esos pobres huerfanitos,  
 Cuál la suerte será... no tienen madre!  
 ¡Tal vez desde la cuna están malditos!  
 Yo mismo al cementerio paso á paso  
 Fuí acompañando el fúnebre cortejo,  
     Guardéla en el sepulcro  
 Y sepulté mi corazón con ella,  
 Sellé su loza con el llanto mio.  
 La soledad de la viudez me espanta:  
 ¿A quién ¡Dios mio! volveré los ojos?  
     ¡La tumba y el vacío!  
 Solo en el mundo, errante para siempre,  
 ¿Cuándo, Señor, acaban tus enojos?  
 ¡Hijos del corazón, llorad conmigo!  
 ¡Vedla en el cielo, cual heroica santa  
 Que en pedestal de gloria se levanta,  
 Gozando del Señor!—¡bendita sea!  
 ¡Oh Soledad, pedazo de mi vida,  
 Hermana de mi Elodia, orémos juntos  
 Y en eterno dolor siempre nos vea!  
 ¡Desengaño cruel, triste mudanza!  
 ¿Qué me resta infeliz? ¡Solo una tumba  
 De la que fué en el mundo el amor mio,  
 Do yace para siempre mi esperanza!



XII.

ESPERA, ESPERA.

A MI BUEN AMIGO MIGUEL G. PRICHARD.

[San Francisco, Noviembre 21 de 1868.]

Abreme el corazon, muéstrame el alma,  
Que hay mútua semejanza en nuestras penas,  
Tú guardas una historia dolorida,  
Mi historia tiene páginas muy negras.  
En los galanos juveniles dias,  
Cuando rosas de amor cándidas siembran  
Los velos de las blancas ilusiones,  
Tú realizaste tu ilusion primera.  
Mas ¡ay! que esa ilusion tornóse pronto  
En amarga verdad, verdad acerba,  
Que con velo de lágrimas la encubres  
Y léjos de los hombres te lamentas.  
Cual gemido de una harpa en el desierto,  
Cual copa de cristal que un niño quiebra,  
Cual flor que estruja el viento y la deshoja,  
Tal fué tu dicha efímera en la tierra.  
¿Por qué fingirte al ángel mas hermoso  
En la celeste imágen de tu Elena,  
Cuando iba ¡ay Dios! á desplegar sus alas  
A la region de la ventura eterna?  
Tú la viste cual lámpara que extingue  
Poco á poco su luz, triste y enferma,  
Inclinarse en el borde de la tumba,  
Angel de melancólica belleza.  
Tú la viste agostarse lentamente,  
Lirio que el sol del equinoccio tuesta,  
Y morir como el cisne, con un canto  
De esperanza y de amor. La viste muerta

Y al punto allí tus ilusiones todas  
Viste tornarse en miseras pavesas,  
Al ornar su ataúd de blancas flores  
Símbolo del recuerdo y la tristeza.  
Tú fuiste tras su féretro, lloroso,  
Que lágrimas de hiel quizá te cuesta,  
Y la dejaste sola en el sepulcro  
Diciendo adios á tu ilusion postrera.  
Volviste á verla aún al cementerio  
En el siguiente dia, y en su huesa  
Elevaste al Señor santa plegaria.  
La nieve que la víspera cayera,  
Sudario de blancura trasparente  
Cual velo virginal cubrió la tierra,  
Selló su loza, y diáfana, y brillante  
Cristalizó las cándidas camelias  
Que en la tarde anterior allí dejaras  
A tu perdido amor como una ofrenda.  
¡Historia triste, horrible desengaño!—  
Yo lo comprendo, pero ¡espera, espera,  
Que te aguarda en el coro de los ángeles  
Allá en el seno del Señor, tu Elena!  
La universal resurreccion un dia  
Tendrá lugar, y, para dicha nuestra,  
Las almas que se amaron en el mundo,  
Se juntarán en la region excelsa.  
Que en este valle de ásperos abrojos  
El llanto y el dolor son nuestra herencia;  
Mas tras la tumba, en el celeste alcázar  
Es la inmortalidad nuestra diadema.

